



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Francisco García Ortega.)



—Muy bueno! Muy buen actor.
Sin duda de lo mejor.
Y por eso, sin querer,
me he precipitado á ser
empresario y director...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Á una corsetera, por Juan Pérez Zúñiga.—Extra-Limited, por Eduardo de Palacio.—Mi cárcel, por Ricardo J. Catarineta.—Palique, por Clavín.—¡Adelante!, por Luis de Ansoarena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Francisco García Ortega.—El servicio.—Tauro-maquina femenina (seis viñetas).—La escuela modernista.—En la Exposición.—Á la entrada del pueblo, por Cilla.



Gracias al conde de Peña Ramiro, nuestro excelente gobernador, se han reglamentado los tranvías, y á fe que era necesaria una disposición de esta índole para cortar abusos y proteger á los viajeros humildes contra las empresas y sus empleados.

Hasta ahora venía reinando el más horrible de los desórdenes en el seno de los vehículos: los viajeros gordos abusaban del espacio y se sentaban á sus anchas sin respetar las carnes ajenas.

Aún no hace muchos días que se me sentó sobre los muslos un señor obeso con cara de concejal, y resultaron inútiles mis protestas.

—Hágame usted el favor de comprimirse - le decía yo.

—No tengo la culpa de que metan ocho personas donde sólo caben cinco—contestó el hombre gordo.

—Pues dígaselo usted al cobrador.

—Dígaselo usted.

El cobrador vino á dirimir la contienda dando la razón á mi verdugo, y éste, alentado por el representante de la empresa, acabó por recostarse en mi hombro, introduciéndome el aliento por un oído.

En adelante, los asientos estarán marcados por medio de unas cintas divisorias, y el que sea ancho de suyo tendrá que comprimirse necesariamente.

Para evitar discusiones, los empleados irán provistos de un metro, y en caso de duda procederán á medir las caderas de los viajeros.

—No puede usted sentarse, señora.

—¿Por qué?

—Porque tiene usted 59 centímetros y sólo se conceden 44.

—¿De modo que las señoras gruesas estamos privadas de viajar?

—Yo cumplo con el reglamento.

—Corriente, me bajaré; pero conste que esto es un abuso, porque yo no tengo la culpa de este desarrollo, pues para que usted lo sepa, yo era delgadísima, y me puse así desde que entraron los conservadores hace dos años.

—Eso á mí no me importa.

—Ya se lo dirán á usted de misas cuando mi esposo haga una interpelación en las Cortes.

* *

Y es posible que la cosa llegue á tratarse en la alta Cámara cuando ésta reanude sus tareas, que Dios sabe cuándo será.

Quizás se levante algún senador diciendo:

—¿Tiene noticias el Sr. Ministro de la Gobernación de lo ocurrido hace tiempo en uno de los tranvías de esta capital? El caso es verdaderamente escandaloso, señores senadores. Una señora, que no es porque yo lo diga, pero que está en muy buenas carnes, quiso ocupar un asiento en uno de los tranvías antes citados. El cobrador, cortándole el paso, hízola desistir de su propósito con el fútil pretexto de que la mencionada señora medía 59 centímetros de ancho por un metro 15 de alto. Y yo pregunto al Sr. Ministro de

la Gobernación: ¿Tiene ó no derecho esta señora á medir 59 centímetros? ¿Hay alguna ley que limite el número de centímetros que deben medir las señoras?

* *

Es muy difícil legislar en un país donde las señoras adquieren excesivo desarrollo, sea por lo que quiera.

Si todas fuesen como D.^a Milagros, la eterna abonada á la tribuna del Congreso, no habría interpelaciones ni disgustos en los tranvías. D.^a Milagros parece una anguila, sin que esto sea faltarla en lo más mínimo.

Ella dice que está así á fuerza de sufrimientos, porque se enamoró de un chico periodista que va á hacer el extracto de la sesión, y él parece que tiene gusto en martirizarla. La conoció una noche en el teatro, y como estos periodistas son tan calaveras, se puso á decirle chicleos; ella se lo creyó todo y acabó por admitir las relaciones. Al poco tiempo el periodista estuvo de días, y D.^a Milagros le regaló una corbata de cuatro pesetas. Entonces él la dedicó unos versos en un periódico de Ginzó de Limia, del cual es aquí corresponsal telegráfico, y entre otras lindezas la llamaba *diosa y astro y nazarena de la calle del Bastero*.

D.^a Milagros se enamoró completamente, y al conocer más tarde que el periodista no la amaba, tomó fósforos ingleses y estuvo en un tris que se muriera.

Hoy sigue al periodista á todas partes con un frasco de láudano en el bolsillo, y á lo mejor lo saca para darle á entender que quiere morir de nuevo.

—¿Ves este frasco? ¿Lo ves?—le dice en cuanto le echa la vista encima.—Si no me amas lo bebo todo.

La desdichada ha perdido el apetito y se está quedando en los huesos: unos dicen que por falta de alimentación y otros á consecuencia de los discursos que oye en el Congreso.

Porque hay oradores que aniquilan.

* *

Á Dios gracias se han suspendido las sesiones, y esto hará que mejore la salud pública.

Entre la gente parlamentaria y la sequía, están hoy los vecinos de Madrid que da lástima verlos.

El que no guarda cama víctima de una erisipela, anda por ahí quejándose de los riñones y preguntando á sus conocidos:

—¿Qué me pondría yo en la cintura para calmar estas punzadas?

—Ponte una cincha—le dice uno.

—Lávate todas las mañanas con espíritu de vino y tintura de yodo.

—Colócate un redaño de carnero negro entre ambas paletillas.

El caso es que los políticos influyen directamente en nuestra salud, y á fuerza de cometer tropelías acabarán por hacernos perder el estómago.

Luis Taboada.

* *

Á una corsetera.

¿Conque tú, bella María, la de pies chiquirrititos, la que á tantos señoritos estrujaste los pánnes, has abierto, según dices, por ganarte las pesetas, en la calle de Carretas una tienda de corsés?

¿Conque estás entristecida porque dices que es escasa la parroquia de tu casa, sin poder dar en el *quid*, y me pides que á tu tienda, que no tiene pretensiones, le dedique unos renglones en la prensa de Madrid?

Pues lo haré, que el darte un bombó es muy grato y es muy justo.

¡Vaya un corte de buen gusto!

¡No es posible pedir más!

¡Cómo tomas las medidas, con qué airoso desparpejo,

por arriba, por abajo, por delante y por detrás!

¡Qué ballenas las que pones!

¡Qué respuntes! ¡Qué puntillas!

¡Qué engañosas almohadillas

para dar más interés

á esas niñas deficientes

que, en su afán de hallar marido,

nos ocultan que han crecido

con el pecho del revés!

Ya sé que haces obra rica.

¿Crees que no estoy enterado

del corsé que te ha encargado

la marquesa del Porrón?

Pues no ignoro que te ha dicho

que en los puntos calmantes

la coloques cien brillantes

en correcta formación.

Á mil precios diferentes

corsés cómodos fabricas,

tanto á damas que son ricas

y figuran por doquier,

como á pobres operarias
de escurridas faltriqueras.
¡Para todas las esferas
hace estuches tu taller!

Á mis muchos compañeros
que disfrutan de señoras,
tus labores seductoras
debo yo recomendar.

De tal modo he de elogiarles
de tus obras el encanto,
que no cejo mientras tanto
no les oiga yo exclamar:

«¿No es María (ciudadana
de faz linda y pies chiquitos)
quien fabrica más bonitos
y baratos los corsés?
Pues venid y vamos todos
con encargos á María,

puesto que hoy por su valía
corsetera nuestra es.»

Si en corsés haces primores,
¿qué diremos de las fajas
con que achicas y rebajas
lo que abulta la mujer?
Tan bien cubren y se ciñen
las de lujo y las modestas
que, una vez estando puestas,
¡ya no queda más que ver!

Por el bombo nada exijo,
ni la cuenta te presento,
pero en tu establecimiento
dame un cargo, por favor.
No me encargues de las cuentas,
ni me nombres dependiente:
me conformo solamente
con que me hagas *probador*.

Juan Pérez Zúñiga.

Extrá-Limited.

Buena es la publicidad para el comercio y para la industria y para las artes y las letras.

El anuncio y la propaganda forman — como dice en la cuarta plana de algún periódico un tendero de ultramarinos, vistos... desembarcar la base principal del tráfico.

¿Quién no anuncia?

El que no tiene qué anunciar.

¿Quién no «ama» la publicidad?

Serán pocos los mentecatos que no la busquen.

¡Ah! El modernismo, el decadentismo, el atavismo, la sugestión á distancia, el ibsenismo, el tolstoísmo y el pauperismo piden publicidad para todo, libertad de reclamo y aun planos y retratos personales, según anuncia un conocido librero:

«Guía y plano del viajero en Madrid.»

Levantar el plano de un viajero es adelanto digno de elogio.

Los de algunos amigos y compañeros míos serán planos á más de «dos tintas».

Bueno y útil es el anuncio para el comercio y para la industria... etc.

¡Pero sin extralimitarse.

Salen á la vista anuncios que enternecen y reclamos que parten los corazones.

Ya he tenido el gusto de ocuparme en este asunto, no precisamente «bajo» el mismo punto de mira — no el del turrón de Alicante y Jijona.

Ya he tenido el gusto de dirigiros cuatro variedades — que dijo un orador de círculo de recreo, en una velada con ceros.

Se abusa del reclamo, se abusa del anuncio, se abusa de la naturaleza, de suyo débil y apocada, de algunas personas; se abusa de la moral y de la ética y de la tísica.

Abren ustedes un periódico para librarse de la lluvia de la ignorancia, como se abre un paraguas para librarse del chaparrón auténtico. — ¡Preciosa imagen!

En la sección de reclamos ó lista de avisos útiles, que es lo mismo que la otra, aunque en forma menos descarada, leen, suponíamos:

«Adelina He sabido con fruición la muerte de tu esposo. Ya somos emancipados. Espérame mañana, en cuanto se lleven el besugo del que fué tu tirano. — P.»

«Te amo más que nunca, pichón mío; todos los demás me parecen pequeños y pálidos. — Tuya Inés.»

«Recibí carta y letra fácil cobro. Quedas abonado en casa para todo hasta fin de mes. — Juanita.»

Y es claro, las criaturas que leen esto y lo otro se interesan en traducirlo y preguntan:

— Papá, ¿quién es esta Juanita?

— Una niña debe de ser, una inocente.

— ¿Se andará en la cartilla como Julianito?

— No se dónde se andará, hijo; pero sí merecía andar en cartilla.

— ¿Por tonta?

— Eso es.

Las planas de anuncios de varios periódicos «ponen los pelos de punta».

Se ve que vivimos de casualidad, y que disfrutamos salud relativa pocas personas.

«Catarros... Asma... Tisis... Go... ó P... ó Al... ¡Abajo los sordos! 300 sordos 300 caras.»

¡Pobres sacerdotes! 300 sordos!

Se acercan ustedes á uno de esos kioscos de desagüe natural, y en todas partes leen:

«Pasivos!» «S. ó V.» «I... ó E...»

Se encoge el corazón más duro en leyendo aquellos anuncios.

Por eso y por otras causas teatrales decía yo que me parece abusivo cierto modo de anunciar.

Que hay niños en el mundo y hombres tímidos y morigerados y señoras de bien, dignos de respeto.

Digo yo.

Eduardo de Palacio.

El servicio.



— Si por casualidad me mandan á Cuba té usted que darne su retrato.

— ¿Pa qué?

— Pa que se detengan toas las balas al ver esa cara de roscider con esos labios de rubises...

— Lo de los rubises es favor que usted me hace.

TAUROMAQUIA FEMENINA



Citando á recibir.



Empapar al bicho.



Cambiando los terrenos.



Escupirse de la suerte.



Una de frente por detrás.



Llegando á la misma cara.

Mi cárcel.

Yo te doy mi cariño y mi ternura,
pobre cuarto en que gimo prisionero
las largas horas de la noche oscura.
¡Parece que queréis lo que yo quiero,
paredes que encerrasteis mi amargura!

Cuando en mi triste habitación modesta
penetro fatigado cada día,
estas paredes para el alma mía
siempre brindan su albergue generosas,
y me reciben siempre en son de fiesta
y saben lo que luto y lo que espero,
y con la voz del alma de las cosas
me dicen:—¡Bienvenido, compañero!

Este pupitre mis secretos guarda
y esta pluma (que hay plumas orgullosas)
me dice:—¡Pobre soy, mas no me mueve
ni el odio vil ni la ambición bastarda,
y estos consuelos alentarte deben!

Cada libro que tengo en mis estantes
trae un dulce recuerdo á mi memoria;
que algunas noches las pasé conmigo
dándome dulce paz, sueños brillantes,
rum-rum de amores ó ansiedad de gloria,
terror nervioso ó bienestar amigo.

Los míseros cajones de mi mesa
cierran, á eterno olvido condenada,
la primera comedia imaginada
ó la primera poesía impresa;
retratos que encendieron mi cariño
y ya no es fácil que la paz me roben,
premios del aula que gané de niño,
prendas amantes que gané de joven.

Colgada de la percha la levita,
viene á decirme que la farsa humana
da á cada cual lo que le da la gana
y luego todo á todos Dios lo quita,

Los cuadros que miraron mis abuelos,
los cuadros son que miran hoy mis ojos;
que el hombre pasa con fugaces vuelos,
quedando á los que lloran sus despojos
los mismos campos y los mismos cielos.

El lecho aquel en que dormí cansado
siempre propicio á mi descanso encuentro,
y es él que sabe lo que yo he soñado
y el que me puede conocer por dentro.

Y así, en la soledad consoladora,
mis ojos, alumbrados de tristeza,
siempre pueden mirar desde la cama
un Crucifijo que me dice:—¡Llora!—
junto á una Virgen que me dice:—¡Reza!—
frente á un retrato que me dice:—¡Ama!—

Si tras una mujer, ciego y rendido,
alguna vez de tu prisión me alejo,
ingrato no seré, cuarto querido:
vendrá conmigo tu recuerdo viejo.
Y en el amor dichoso y complacido,
de que también me guardas y me estimas
el eco siempre sonará en mi oído:
¡las golondrinas, al hacer el nido,
siguen llorando los remotos climas!

Ricardo J. Catarineu.

LA ESCUELA MODERNISTA



—¡Este año el triunfo es mío! Todos los que se paran delante de mi cuadro se preguntan unos á otros: «¿Qué es eso?». Lo que prueba que no lo saben. Y eso es lo que yo quería precisamente: que no me comprendiera el vulgo.

PALIQUE

Luis Taboada es un... *gente nueva* que *llegará*... que *llegará* á cansarse de escribir artículos sin que el público se canse de leerlos, pero que *no llegará* á ministro, porque ni es hombre de puños, ni es de los que *entienden ellos*, señores diputados, vamos, que no es orador *amellado*, ni tiene caída de ojos suficiente para enamorarse á la de Albornoz, Currita, ni á la duquesa del Charco ni demás heroínas del P. Coloma, que son las que cortan el bacalao político. Ni como modernista siquiera prosperará este joven inédito que tengo el gusto de presentar á ustedes; porque ni es socialista tabernario, ni tiene querida notoria ni se emborracha ni es *satánicamente* escéptico y sardónico, ¡jal! ¡jal! ¡jal! ¡jal!

Lo que ha hecho Taboada es un libro que se titula *Tipos cómicos* que no se vende como pan bendito, porque como dice bien Valbuena, el pan bendito no se vende, pero que se vende como muchos próceres á precios módicos.

Tipos cómicos no es un pedazo de vida arrancado á la realidad; está sin arrancar, pero está perfectamente; y tiene mucho más *naturalismo* que muchas novelas naturalistas que, naturalmente, le hacen á uno dormir con la mayor naturalidad.

Taboada, que no es una cebolla, como tantos humoristas que yo conozco, no se repite, pero me repetiría yo si se tratase de *estudiar* ahora la índole. díganoslo así, de su talento, de su estilo, etc., etc.

En fin, es chico listo, *magüer* que nuevo é inédito. Ya le irán ustedes conociendo, y pienso recomendárselo á Sinesio para que le deje publicar alguna cosilla en MADRID CÓMICO. Nada de artículos, por supuesto, porque para eso no hay sitio.

Y ahora me voy yo por el foro, parodiando á mi apadrinado, que alguna vez ha dicho eso en situaciones análogas.

**

Menos *gente nueva* es D.^a Emilia Pardo Bazán, y su última novela, *El tesoro de Gastón*, es cuento de viejas.

D.^a Emilia escribía, *illo tempore*, novelas realistas, muy aceptables algunas, después cuentos entre los que hay algunos excelentes, pero ahora está dejada de la mano de Dios; y queriendo seguir la moda hace unos mamarrachos que tienen que parecerse á ella misma.

Tanta filosofía estética, señora, viene á parar en que escribe usted folletines disimulados, y en que descubre usted ollas repletas de dinero como un Galland de menor cuenta.

También en *Misericordia*, la preciosa novela que Galdós acaba de publicar, se habla de tesoros escondidos... pero esos tesoros no

parecen; en cambio parece el novelista de siempre, tan realista como hace veinte años, en lo que debe ser realista, y tan idealista como siempre en lo que es oportuno.

¡Ay D.^a Emilia de sus pecados de usted! El toque no está en encontrar tesoros... ni en resucitar figurines, sino en que Dios nos haya hecho ricos de ingenio á su tiempo debido.

*
**

¡Y cómo escribe ahora estas novelas de folletón, como dice *El Liberal*, la Sra. D.^a Emilia!

¡Parece mentira que sea de la autora de *Un viaje de novios* la prosa de *El tesoro de Gastón*!

Señáleme usted mi línea de conducta—le dice Gastón á su novia.

La configuración de una muralla...

Imbuido por la ilusión, etc., etc., etc.

Y lo peor no es eso: lo peor es lo cursi, lo radicalmente cursi del estilo. ¡Qué frases hechas de las que á Flaubert le hacían morir de risa, de las que Galdós con tanta gracia ridiculiza en *Misericordia*!

*
**

El Sr. Benavente, á quien no tengo el gusto de conocer, me es simpático, en cuanto escritor, aunque conozco pocas cosas suyas. Pero así como Heine se atrevía á juzgar á D'Arlinecourt sin haberle leído, yo me atrevo á echarle la buenaventura á Benavente, sin datos casi, y á profetizar que se casará con una dama hermosísima, que es la fama bien ganada, si antes no le engaña una queridanga, llena de postizos, pintada de modernismo, alcaforada con humo de carbón decadentista y otras suciedades de droguería pseudo estética.

No escriba el Sr. Benavente prólogos como el de *Mujeres*, y créame á mí, que le quiero bien, casi casi sin saber por qué.

Sepárese de ciertos señoritos que son artículos de París averiados.

Benavente ha leído, tiene cierta manera original de ver el arte; pero por docilidad se deja influir por las malas compañías, y juzga, ó cree juzgar, por patrón, con mal gusto ajeno.

Con unas cuantas conferencias que yo tuviera con el Sr. Benavente me parece que podría disuadirle de mantener doctrinas estéticas y juicios personales que veo en su prólogo.

Todo eso es flato vulgar, Sr. Benavente.

El Sr. Vaamonde es uno de tantos muchachos que escriben vulgaridades frías, sin sentir nada; sintiendo, á lo sumo, el epíteto, que suele ser impropio.

Dice usted que parece en ocasiones poeta dramático, más que lírico, porque sabe salir de sí propio, contemplarse á distancia con serena imparcialidad.

Eso no es parecer dramático; sería, de ser algo, parecer épico. Y en efecto, esa revista de mujeres, colección de tópicos, de versos de colegio, de temas de cátedra de retórica, más tiene de fría composición didascálica que de poesía verdadera.

Si yo le escribiera un prólogo al Sr. Vaamonde puede que no le dijera más que esto:

Infinito no es consonante de prosopopeya, como usted pretende en la página 49 de *Mujeres*. No veo el modernismo ni la gracia de meter en una composición en silva, de endecasílabos y heptasílabos, un solo verso de dos sílabas:

¡para!

como pudo decir ¡arrel!

El fulgor del sol naciente no es más casto que otro fulgor cualquiera. En español no se dice *Tibullus* ni *Caius Valerius Catullus*. Eso parece latín... y puede que sea francés.

*
**

Por supuesto que de *Mujeres* pienso hablar más detenidamente en otras partes, v. gr. en *El Imparcial*; porque aunque el libro es uno de tantos como pasan y deben pasar al olvido, necesita particular consideración, por lo mismo que lo han recomendado poetas como Núñez de Arce y hasta asociaciones en masa.

No es justo que por detrás del arte se hagan reputaciones.

El autor de *Mujeres* me ha enviado su libro, y me ha escrito una carta que le honra, porque demuestra que no busca elogios, sino la verdad. Yo procuraré servirle diciendo, no la verdad del mérito de su libro, que esa no depende de mi pobre juicio, sino la verdad de lo que yo opino acerca de *Mujeres*.

El bomo que fuera de sazón se tributó á ese libro debió de haber disgustado al autor, si su carácter es como parece indicar la carta que me ha escrito.

Clarin.

*
**

EN LA EXPOSICIÓN



—Estoy deseando ver lo que dice de este cuadro Balsa de la Vega. Porque á mí aquellas cosas del fondo me parecen remolachas; pero ¡vaya usted á saber! ¡Puede que sean corderillos inocentes que están triscando en la pradera!

*

¡Adelante!

Antes... no hace mucho, cuando algún poeta dejaba á su genio desplegar las alas, huyendo la vida, cual si fuera cosa indigna del canto por fea ó por baja, en sueños fantásticos hundía la mente, su espíritu lejos del mundo llevaba, y en lindas estrofas, tras rudo trabajo de ordenar acentos y escoger palabras, decía... Es difícil que yo lo repita, porque casi siempre no decía nada. Lo prueban mil textos que el odioso dómine aprender nos hizo con feroz constancia, y que se recuerdan... como el palmetazo que á tales lecciones siempre acompañaba. Poesía endeble, mortecina, anémica, que no deja rastro ninguno en el alma, ni excita los nervios, ni enciende la sangre, ni nos da consuelo ni arranca una lágrima. Confieso que si ahora, por raro capricho, tomo un libro de esos y leo unas páginas, no encuentro en el farrago de melosas frases ni asomo de ingenio, ni fuerza ni gracia... y pienso á mis solas:—¡Dios mío! ¿Es posible que hace pocos años esto entusiasmará? ¿Qué gente era aquélla? ¿Qué ideal el suyo, si es cierto que el arte le alienta y le ensancha? Si al poeta inspira la vida... ¡qué vida la de nuestros padres más tonta y más sandial! El arroyo manso que corre ligero, siempre como cinta de brañida plata; el pastor que entona sentidas canciones al son del guitarró ó al son de la flauta, llamando á su Filis, que está en otra parte y distrae sus ocios tejiendo guirnaldas; el blanco cordero; la yerba menuda que muestra á las luces primeras del alba

À la entrada del pueblo.



—¿Qué tranquilos estarán esos bestias sin sospechar que les está echando la vista encima el comisionado de apremio!

las líquidas perlas que formó el rocío,
eterno regalo de la noche plácida.
Ahí está el asunto que jamás se agota;
cambiará la frase... lo demás no cambia...
Respeto el pasado... pero, francamente,
esa poesía nació sentenciada,
y de que haya muerto, como era justicia,
¡Dios me lo perdone! me alegro en el alma.

.....
Sí... Ya sé que algunos lamentan el cambio
que ideales nnevos al genio señala;
ya sé que censuran que el poeta arranque
al golpe del látigo rugidos de rabia...
Ya sé que se asustan al ver que los vicios
cuelgan de picota que el arte levanta...
Pero esto... ¿qué importa? La lucha es la vida...
Bucead, poetas, en el alma humana
y, al ver la miseria que se esconde hipócrita,
¡que el rayo divino la cruce la cara,
donde todos vean el castigo y sepan
los unos temerla, los otros odiarla!
El poeta de ahora, dejando el arado,
recoge el escudo, se ciñe la espada...
Salió de la selva, mezclóse á los hombres,
dejóse de arroyos y Filis... y flautas,
y en constante guerra con lo que es mezquino,
canta... ¡pero lucha mucho más que canta,
y, andando los tiempos, seguro estoy, nadie
como adormideras buscará sus páginas!

Luis de Ansorena.

CHISMES Y CUENTOS

¡Qué veal! Piloña
vestido de moro!

como cantaban, no hace muchos años, en una zarzuela grande, creo que era
(y es) *El tributo de las cien doncellas*.

Y se me ocurre este principio de cantable porque he leído estos días
que los habitantes de Piloña, al tener noticia de que iba á pasar por su pue-
blo la vía férrea del Cantábrico, han protestado como un solo hombre y

hasta han nombrado comisiones para que trabajen cuanto puedan con el
objeto de impedirlo.

¿Y á que no saben ustedes por qué?

Pues porque, según dicen ellos, les van á echar á perder una carretera
muy hermosa que tienen.

De manera que si eso no es vestirse de moro... ¡qué baje Alá y lo veal

Verdad es que no hay por qué asombrarse.

Una empresa ha tenido la idea de explotar en el propio Madrid, centro
de la cultura española, según nosotros mismos, un tranvía con tracción
eléctrica, y en seguida varios Piloñas vestidos de moro han puesto el grito
en el cielo, porque les parece mucho más natural y lógico que las caballe-
rías tiren de los coches.

Y tienen razón, porque si no ¿para qué sirven las caballerías, Dios mío?
En fin, hasta hubo un periódico formal, y me parece que de mucha cir-
culacion, que estampó muy serio estas ó parecidas frases:

«Si llegara á aprobarse proyecto tan descabellado, podríamos echarnos
á temblar los madrileños, porque el que escapara con vida sería por mi-
lagro.»

¡Jesús! ¡Hija! ¡El tranvía eléctrico! ¡Qué horror! ¡La locomotora que
aplata las gentes! ¡Qué miedo!

Á mí no me la da nadie. No se han muerto todos aquellos que decían
que el tren llevaba los caballos dentro y que era cosa de Satanás, de la
cual había que huir haciendo la señal de la cruz.

Y si han muerto, han dejado crías.

Ha habido una cándida paloma (todavía las hay en esos palomares)
que ha remitido á un distinguido colega, para demostrar que Weyler no
debe poner en práctica las reformas en Cuba, un trocito de historia, rela-
tando que, cuando se concedió una especie de autonomía en Nápoles, tuvo
que ir á implantarla un general distinto del que había luchado con los in-
surgentes, porque, naturalmente, éstos desconfiaban de la buena fe del que
había procurado zurrarles la badana.

El recuerdo, como se ve, no puede ser más oportuno.

Porque no sé si se habrán enterado ustedes de que, gracias á esta habi-
lidad política, Nápoles es todavía nuestro.

Ni más ni menos que lo será Cuba dentro de algunos años.

La empresa de los Jardines del Buen Retiro anuncia que empezará
pronto su temporada con el baile *Coppelia*, en el cual se estrenarán dos
decoraciones.

¡Buena falta hacían!

Ahora, lo que hay que pedir á Dios es que no se parezcan á las antiguas,
Y no pareciéndose, ya se sabe que tienen que ser buenas.

Leo en el encabezamiento de un anuncio:
 «Miedo á la tisis!»
 No, no tiene usted que recomendarlo.
 Ya lo tenemos todos, y más de la cuenta.

Estamos de enhorabuena.

Porque además de encontrarnos pacificadas las provincias occidentales de la isla de Cuba, gracias á la bondad de las anunciadas reformas, y todas las islas Filipinas, merced al arrojo temerario de Primo de Rivera, á quien dejó admirablemente preparado el terreno el general Blanco, además de ese par de gangas, tenemos otra que no hay que echar en saco roto.

¡Hay empresario! Es decir, le hay para la Plaza de Toros, y con un beneficio para la Diputación de cerca de cuarenta mil pesetas.

¡Ah! Y además se va á demostrar el día menos pensado que todos los insurrectos filipinos eran inocentes.

Y que los que se han sublevado han sido los españoles.

¡Conque pidan ustedes más, si más quieren!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. S.—Entre otras cosas está la forma muy descuidada; hay, pongo por caso, un endecasílabo que dice:

«para satisfacción del público y la prensa»

que, bien contadas tiene trece sílabas,

Sr. D. R. M.—Es pura y francamente amorosa, sin ulteriores miras. Carece, pues, de interés general y sólo estaría bien en su álbum, es decir, en el álbum de la interesada.

Calamar.—¡Ay! no puedo aprovechar nada tampoco.

Sr. R. L.—Como mal versificadas
 n. están esas pequeñeces,
 mas son ideas pasadas
 y expuestas ya muchas veces.

Un aldeano.—No hay que exagerar demasiado la nota tratándose de llamar cerdos á los yankees, porque ése es un rasgo de humorismo de que han abusado nuestros periodistas satíricos estos días.

Pimpollo.—¡Y pensar que así tiene gracia cualquiera! Lo cual no quiere decir ¡Dios nos libre! que usted la haya tenido.

Un periodista.—Digo lo mismo que en la contestación primera. Tampoco estaría mal eso en un álbum.

Sr. D. I. de N.—No, señor, no ha publicado colección alguna de versos. Sólo ha visto la luz un pequeño poema, que ocupará treinta páginas próximamente.

Sr. D. J. C.—El epigrama que concluye:

«y llamaron al autor,
 pero le llamaron brutos»

es antiquísimo y tiene cuatro líneas. Dígame usted si sería conveniente volver á escribirlo de otra manera y diluyéndolo muchísimo más.

Rondalla.—No le digo á usted que versifica como un aguador, porque eso sería faltar al respeto á los aguadores.

Pichón.—Ripios no hay verdaderamente, pero mire usted, el verso

«y no le veo solución»

no parece octosílabo, porque tiene nueve sílabas. Y empieza usted aconsonantando, y acaba aconsonantando y haciendo diabluras.

Ego.—¡Qué lástima que no huela á rosas precisamente!

Sr. D. J. L. V.—No están mal los cantares. Adolecen del defecto de la vulgaridad. Defecto en que caen, sin querer, casi todos los que los hacen.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS
Marca LA NOYESA

Galicia, Bordadores, 2.—La Holandesa, carrera de San Jerónimo, 7 y 9.—La Francia, León, 23, y principales ultramarinos.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 pias.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 pias.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOPÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

Los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.